

JACINTO BENAVENTE

LOS OJOS DE LOS MUERTOS

DRAMA

en tres actos y en prosa, original



Copyright by Jacinto Benavente, 1914

SOCIEDAD DE AUTORES

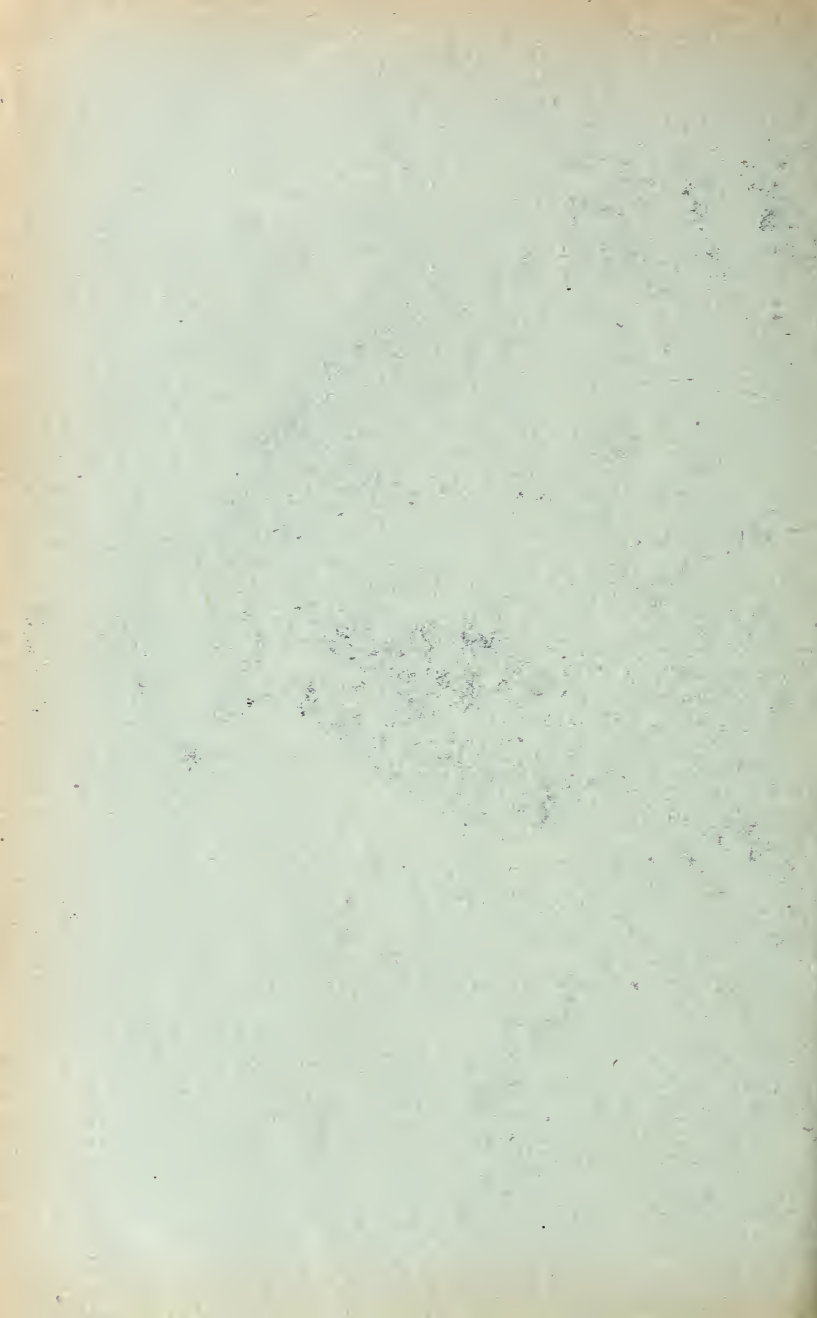
:: :: ESPAÑOLES :: ::

Calle del Prado, número 24

MADRID

- 1914 -

11



LOS OJOS DE LOS MUERTOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

LOS OJOS DE LOS MUERTOS

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA, de Madrid,
la noche del 7 de Noviembre de 1907



MADRID

IMPRESA DE EDITORIAL NUEVO MUNDO, LARRA, 8

Teléfono número 2475

1914

35

FOR THE YEAR 1904

1904

THE YEAR 1904

1904

THE YEAR 1904

THE YEAR 1904

1904

THE YEAR 1904

A Carmen Cobeña

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

JUANA.....	Carmen Cobeña.
ISABEL.....	Josefa Cobeña.
GABRIEL.....	Francisco Morano.
CARLOS.....	Ricardo Calvo.
RICARDO.....	Leovigildo Ruiz Tatay.
UN CRIADO.....	Carlos Dressel.



ACTO PRIMERO

Sala en una Casa de Campo.

ESCENA PRIMERA

GABRIEL Y DON RICARDO

- GAB. Pase usted, don Ricardo, pase usted. Esta es la casa, como usted ve, sin lujos, apenas comodidades, porque nunca pensamos vivir aquí tanto tiempo. Mi mujer aborrece el campo, los hijos, en quien yo pensaba al adquirir esta finca, no han venido ó tardan en venir, y sólo las tristes circunstancias de ahora han tenido fuerza para traernos. Isabel estaba como loca, los médicos nos aconsejaron que saliéramos de Madrid lo más pronto posible. ¿Y dónde mejor? Al fin es nuestra casa.
- RIC. Muy bien pensado. ¿Y cómo está Isabel? ¿Cómo está?
- GAB. Figúrese usted; el golpe ha sido terrible por lo inesperado y por lo inexplicable, por todo; yo comprendo el estado de ánimo de la pobre Isabel; para mi mujer y para mí ha sido también un gran disgusto... usted sabe cómo se quieren las dos hermanas; mi mujer ha sido la verdadera madre de Isabel; Hipólito también era para nosotros, aun antes de casarse con Isabel, un verdadero hermano.
- RIC. Era un hombre adorable. Yo también le apreciaba mucho, todo el mundo. Nadie se explica lo sucedido, yo menos que nadie, y ahora menos que nunca.
- GAB. ¿De modo que de las indagaciones de usted ahora, lo mismo que antes de las judiciales, nada se desprende todavía?

- RIC. Nada absolutamente. Es raro el caso de un suicidio envuelto en tan impenetrable misterio; de ordinario, cuantos se matan sienten el deseo de confesar, para sincerarse si fueron sus culpas las que á tan violento extremo les llevaron, para culpar si de alguien fué la culpa. Es tan humano que busque esa última expansión un espíritu, sin duda horriblemente atormentado, cuando la vida le fué insoportable.
- GAB. ¿Y dice usted que nada más se ha encontrado en sus papeles? Ni una carta, ni un indicio.
- RIC. Nada, nada; en cuestión de intereses, como se supuso primero, no hay que pensar.
- GAB. Yo nunca lo creí, era difícil, dada la intimidad de su vida con la nuestra, que Hipólito hubiera contraído deudas sin que llegara á nuestra noticia. Hipólito no era jugador... ¿Qué digo? Si no se separaba de mi mujer, de nosotros; si desde que se casó no ha dado un paso que no hayamos podido contarle.
- RIC. Nada, nada; sus asuntos están en toda regla, en el mayor orden. Figúrese usted si existieran acreedores lo que hubieran tardado en aparecer. Tampoco hemos hallado cartas ni retratos que puedan hacer pensar en alguna pasión.
- GAB. Tampoco en eso podría pensarse. Hipólito se casó muy enamorado y sólo por amor. ¿Qué podría obligarle? El era rico, independiente...
- RIC. ¿Disgustos conyugales?...
- GAB. ¿Qué locura! Isabel é Hipólito, aparte los quince días de su viaje de boda, no se separaban de nosotros; disgustos que dan lugar á una tragedia no pueden ser tan insignificantes, que no trasciendan pronto por mucho que se trate de ocultarlos. Y de ser esa la causa, Isabel nos lo hubiera confesado todo al ocurrir la desgracia que ella es la primera en no explicarse; y no puedo creer que Isabel finja con nosotros.
- RIC. No lo creo; por delicada que fuera la causa, ustedes son sus herederos.
- GAB. Hemos sido como padres. Juana es diez años

mayor que Isabel; Isabel era una niña cuando perdieron á su madre; el segundo matrimonio de su padre unió á las dos hermanas tan estrechamente, que al casarse Juana conmigo, Isabel dejó su casa por la nuestra y con nosotros ha vuelto ahora, quizás para no separarnos nunca, porque aunque Isabel es joven y el tiempo trae olvido para todas las penas... no sé, pero temo que para Isabel no llegue tan pronto el olvido y que otro amor no llegue nunca.

RIC. Sí, para Isabel se ha terminado todo. El misterio que rodea el suicidio de Hipólito se presta á tantas suposiciones, no todas bien intencionadas....

GAB. ¿Usted ha oído algo en Madrid?

RIC. He oído tantas cosas. Usted suponga. Hay quien asegura que no fué suicidio.

GAB. ¿Cómo? ¿Asesinato entonces? ¡Qué infamia! ¡Hay pruebas evidentes!

RIC. Sí, de que Hipólito se mató, pero hay quien supone que se trataba de un duelo en esa condiciones, la suerte decidió y fué Hipólito el muerto.

GAB. ¡Qué disparate! ¿Quién puede creer en esos duelos de novela? ¿Y por qué un duelo en esas condiciones? Para llegar á ese extremo con otro hombre, algún choque violento había de preceder, si no conocido de todos, de alguien que de seguro no guardaría el secreto... Ni es posible que existan amores ni odios tan ocultos....

RIC. Como todo es extraño en este caso, todo puede pensarse. Yo creo, como usted, que sólo á un rapto de locura puede atribuirse, tal vez al terror aprensivo de verse asaltado por la locura; es la única explicación lógica.

GAB. La única.

RIC. ¿Se sabe si en la familia de Hipólito existen precedentes?

GAB. No, ninguno; ya se pensó en ello, ya nos informamos por todos los medios. Y ahora dice usted... ¿que entre sus papeles?....

RIC. Nada, nada; cartas de familia y de amigos... Sólo hay un dato, pero del que no puede

esperarse mucho; su criado nos confesó que por curiosidad, al recoger el cesto de los papeles, del despacho de su señorito, leía siempre los pedacitos de cartas allí arrojados... y que al día siguiente de la desgracia sólo halló unos pedazos de una carta...

GAB. ¿Y esa carta?

RIC. Estaba dirigida á Carlos, su amigo íntimo, residente en Londres.

GAB. Sí, la correspondencia entre ellos era frecuente...

RIC. El criado guardaba los pedazos de carta... Nada contenían de particular.... Pero el criado nos aseguró que aquel mismo día él había llevado al correo otra carta, dirigida también á la misma persona: carta que debía ser muy extensa, porque hubo necesidad de pagar exceso de franqueo.

GAB. Siempre se escribían largamente sobre asuntos literarios; ya conoce usted la afición de Hipólito. Carlos le enviaba noticias y juicios sobre todo lo que se publicaba en Inglaterra; yo he leído muchas de sus cartas.

RIC. Sí, es de creer que esta sea una de tantas... Sin embargo, el haber empezado otra antes de escribir esa larga carta, el mismo día en que se suicidó... no es natural que su ánimo estuviera para escribir tan largamente de asuntos literarios en aquellos momentos...

GAB. Sí, no es natural...

RIC. Pensándolo así, escribí á Carlos, que precisamente se hallaba ya camino de España, y se detuvo unos días en París y no tardará en llegar á Madrid; dejé encargo de que le hablaran en mi nombre.

GAB. Si él sabe algo, esté usted seguro de que se apresurará á decírnoslo.

RIC. Sí no le han exigido el secreto.

GAB. ¿Usted cree...?

RIC. Ya lo dije; por no creer nada, lo supongo todo.

GAB. La coincidencia de venir á Madrid... ¿Dice usted que él no llegó á recibir su carta de usted?

RIC. No, ya estaba en viaje.

GAB. Sí es extraño... ¿Dejó usted encargo de que le contestaran aquí?

- RIC. Lo más pronto posible.
- GAB. ¡Confiar á un amigo lo que á nadie quiso decir! Grande es su amistad, pero no creo que sólo Carlos pueda saber lo que nadie sabe.
- RIC. El nos dirá, si no es que la obligación de guardar el secreto, tanto como á no revelarlo, le obliga á decir que lo ignora. ¿Isabel?...
- GAB. Pude conseguir que saliera con Juana á dar un paseo por el campo; no quise decir que llegaba usted hoy, porque no hubiera descansado de impaciencia... Esperaba tanto en usted...
- RIC. No había motivo. Todos juntos indagamos cuanto se pudo en los primeros momentos; poco podía ya esperarse... Sólo por apurarlo todo... Ustedes me dispensaron esa confianza...
- GAB. Era usted la persona de mayor autoridad para nosotros. Yo había dado los primeros pasos por natural interés; después, despertada la curiosidad, y como la curiosidad, la maledicencia de todos nos convenía que no fuera yo el que insistiera en descubrir nada. ¿Quién sabe si podía creerse que yo más que en descubrir tenía interés en ocultar?
- RIC. No, amigo mío. Nadie puede creerlo.
- GAB. No por nada; sólo me refiero á la cuestión de intereses, siempre delicada. Isabel ha de vivir por ahora con nosotros, otras personas de la familia podían creer que yo intervenía demasiado en sus asuntos... ¿Dice usted que en Madrid se habla de la pobre Isabel? Ya lo supone ella, por eso es mayor su tristeza... ¿Usted sabe si eso es una infamia?
- RIC. Oigo la voz de Juana. Vuelven de su paseo... Si no cree usted oportuno que todavía me presente á Isabel...
- GAB. ¿Por qué? Su sentimiento será el mismo.

ESCENA II

DICHOS, ISABEL Y JUANA

- GAB. Isabel... Mira á quién tenemos aquí.
- RIC. ¡Isabel!... ¡Hija mía!

- ISAB. ¡Don Ricardo! ¿Cuándo llegó usted?... Sin avisarme... Yo le hubiera esperado.
- RIC. Por evitarlo no quise avisar. ¿Cómo estás, hija mía? ¡Ah! ... Juana... perdón... no te saludé.
- JUA. Siéntese usted... Supongo que Gabriel le habrá á usted dicho si quiere almorzar.
- GAB. Confieso mi desatención, nada le ofrecí.
- RIC. Era inútil, almorcé en Madrid.
- JUA. Pero muy temprano... Tomará usted algo.
- RIC. No, ya sabes cómo anda mi apetito; puedo esperar hasta vuestra hora de comer.
- JUA. Como usted quiera; su habitación ya estaba dispuesta.
- GAB. Sí; ya hice que llevaran allí su equipaje.
- RIC. Isabel está impaciente por preguntarme...
- ISAB. No tengo que decirlo. Hable usted... dígame usted todo.
- RIC. Todo es bien poco... Nada...
- ISAB. ¡Dios mío! ¡Nunca sabré entonces!... ¡Es horrible, horrible! ¡Querer á un hombre con toda el alma, creerme querida del mismo modo, creerme feliz y creer que merecía esa felicidad, y en un instante todo desaparece para siempre... Su vida y su cariño y la confianza de haber sido querida nunca y la seguridad de haber merecido serlo... porque no se desaparece así, no se abandona así á quien nos quiere como yo le quería, sin una palabra de cariño ó de odio, de desesperación ó de remordimiento, pero algo... que sea luz para mi conciencia, que no sabe si ha de perdonar, ó he de perdonarme, porque dudo de mí misma y me vuelvo loca pensando si yo pude ser la causa... ¿Pero qué culpa pudo haber en mí? No la hallo, soy cruel conmigo, me atormento, no me basta con recordar todos mis actos, todas mis palabras, escudriño también en mi pensamiento... Pero no, ni con el pensamiento le ofendí nunca, y nada, nada hubo en mí que pudiera ser una tristeza en su vida... No, no fué por mí... ¿Por qué entonces? ¿Por qué? ¿Por qué? No habrá otra palabra, no habrá otro pensamiento en mí mientras viva... ¿Por qué? ¿Por qué? Su

muerte se llevó la verdad y la muerte sólo podrá contestarme.

JUA. ¡Isabel! ¡Isabel!

RIC. ¡Hija mía!

GAB. Siempre así... Esperaba en usted.

RIC. ¿En mí? ¿Qué más podía yo averiguar?

GAB. Escúchame, Isabel. Sólo sabemos que Hipólito, el mismo día de su muerte, escribió una larga carta á su amigo Carlos.

ISAB. ¡Ah! Al escribirle siempre me lo decía y aquel día no me dijo nada... Esa carta... ¿Carlos está en Londres?

GAB. Pronto estará en Madrid.

ISAB. ¿Viene?

JUA. ¿Pero pensaba venir ó viene porque ustedes le han llamado?

RIC. No, no; ya estaba de viaje cuando yo le escribí.

JUA. ¿Y ustedes saben que en esa carta que Hipólito escribió...?

GAB. No, nada sabemos... Puede suponerse por las circunstancias en que fué escrita... es un resquicio más por el que puede llegar alguna luz... Yo no espero nada tampoco... Pero Isabel desea saberlo todo.

ISAB. Sí, sí; yo espero aún, yo espero siempre... No es posible ese silencio, ese misterio, alguien debe saber, alguien lo sabe, y yo debo saberlo, necesito saberlo ó me volveré loca.

RIC. ¿Y si Carlos sabe y debe callar?

ISAB. ¿Callar? ¿Por qué? No, no debe callar; mi dolor es por lo menos tan sagrado como la promesa que hayan podido exigirle... No es vano deseo de saber... yo lo perdono todo aunque en mi corazón se revuelven desconfianzas, sospechas y celos... porque en todo debo pensar y todo debo sospecharlo... pero es que también hay quien duda de mí, es que se trata de mi honra... Vosotros lo sabéis, usted lo sabe... La calumnja no respetó mi dolor para llegar hasta á mí... sé lo que dicen unos : que fué un duelo por mí, por mi causa... Otros ¡qué sé yo! quizás que se dió muerte por no matarme... Y eso no puede ser, no puede subsistir... Yo necesito

la verdad, para mí sola si sólo para mí puede ser, pero la verdad, la verdad... Teniéndola yo, de los demás no importa, que me calumnien, que me infamen... Pero es que ahora soy yo la primera en dudar de mí, y sin creer en los demás puede vivirse, pero sin creer en uno mismo no se vive.

RIC. ¡Isabel! ¡Calma! Espera todavía. Yo comprendo tu afán por conocer la verdad, pero para nada te preocupes de lo que puede decirse. No hay persona honrada que pueda dar crédito á esas calumnias. La desgracia de Hipólito sólo tiene explicación en un raptó de locura que acaso venía preparándose y que nadie pudo advertir. ¿Qué otra causa? Un hombre dichoso, que se casa enamorado con una mujer que le adora, seguro el porvenir, sin preocupaciones de negocios ni de intereses...

ISAB. ¿Y tendrá usted pronto contestación de Carlos?

RIC. Sí, dejé encargo urgente...

GAB. Pero no hemos dejado descansar á don Ricardo desde que llegó...

RIC. Por mí, no; pero Isabel con los recuerdos incontables... Conviene dejarla...

GAB. Le enseñaré á usted su habitación. ¿Vamos?

RIC. Cuando usted guste. Hasta más tarde, Isabelita. Hasta luego, Juana. (*Salen Gabriel y don Ricardo.*)

ESCENA III

ISABEL Y JUANA

ISAB. ¿Es posible, Juana, es posible? No saber nada, no encontrar nada; no me atrevo á creer que me engañan, que la verdad es horrible y todos se conjuran para ocultármela.

JUA. ¿Qué idea! ¿Qué importaba ya la verdad, fuera la que fuera?

ISAB. Sí, dices bien. ¿Qué verdad podía ser más horrible que la verdad de haberle perdido para siempre de este modo? Tú, hermana mía, madrecita mía, no podrás ser tan cruel

como los demás cuando todos lo fueran, tú no ocultarías. ¿Verdad que no?

JUA. ¿Lo dudas?

ISAB. No, de ti no. Pero acaso también de ti la ocultan, porque saben que tú me lo dirías. Don Ricardo sabe algo, Gabriel también y alguien más, lo saben, lo saben...

JUA. No, Isabel. ¿Qué interés podía haber en ocultarte la verdad? ¿No has pensado ya en todo? ¿No lo has aceptado ya todo? Y si hubiera que perdonar, ¿no lo has perdonado ya todo?

ISAB. Sí; perdonar sí, con toda mi alma.

JUA. Y á mí, ¿me perdonas también?

ISAB. A ti. ¿Por qué?

JUA. Porque entre tantos días tristes, hoy ha sido más triste que todos y algo fué por mí...

ISAB. No, tus alegrías nunca pueden ser tristezas para mí; esta de ahora pudo serlo un momento, porque ya sabes cómo era mi ilusión y la suya... cómo era la vuestra... ¡Un hijo, un hijo! ¿Sabe ya Gabriel?...

JUA. No, temí también su alegría. En los hombres la alegría es más egoísta...

ISAB. Es una alegría tan natural... Oye... Quisiera pedirte... si fuera niño... (*Pausa.*)

JUA. ¿Su nombre?

ISAB. ¿Eres superticiosa? ¿Temes que sea nombre de desgracia?

JUA. No. ¿Pero no será recordarte siempre?...

ISAB. ¿Y tú crees que nunca podré olvidar?

JUA. Es natural que ahora te parezca imposible; pero eres muy joven, la vida te debe una compensación.

ISAB. La única posible era esa...

JUA. ¿Cuál?

ISAB. Vuestro hijo, tu hijo, será mío también; como tú fuiste mi madre, yo lo seré suya, esa será mi vida... Gabriel... ¿No le dirás?...

JUA. No, Isabel, todavía no...

ISAB. ¿Por qué no? ¡Es tan bueno conmigo! ¿Me permites que sea yo quien le anticipe alegría tan grande?

JUA. ¿Tú?... Si tú quieres. .

ESCENA IV

ISABEL, JUANA Y GABRIEL

- GAB. Isabel, tengo que darte una noticia.
ISAB. Y yo otra y una alegría muy grande...
GAB. ¿Una alegría? Dime tú primero
ISAB. No, primero mis tristezas, que han entristecido vuestra casa, pero para vosotros serán pasajeras; yo haré que sólo queden para mí... dime tú. ¿Qué sucede?
- GAB. Carlos está aquí.
ISAB. ¿Aquí? ¿Ha venido? Entonces algo tiene que decirnos. ¿Le viste?
- GAB. Todavía no. Viene en automóvil desde Madrid y se detuvo en la fonda de la estación para almorzar, sin duda temiendo molestarnos. Desde allí envió aviso y no tardará...
- ISAB. Sí, no hay duda, él lo sabe, lo sabe todo, cuando viene en persona y tan pronto. Para mí puede haber también alguna alegría. ¡Dios mío! ¡Saber, saber la verdad por fin! El misterio era una doble muerte, no era sólo la eterna separación de ahora, era como si nunca hubiéramos existido el uno para el otro, era pensar que todo fué mentira, su cariño, mi confianza, la suya... tantas esperanzas, tantas ilusiones... Era como una burla cruel, como una mentira inexplicable, era como no haber vivido.
- JUA. ¡Isabel! No te exaltes... No confíes aún...
ISAB. Sí, ahora sí, ahora es la verdad.
GAB. ¿Y tu noticia? ¿Olvidaste ya?...
ISAB. Esa sí es toda alegría, para todos; la única que podía serlo para mí también. ¿No sabes? Lo esperaba siempre y la tristeza de todos no te dejó advertirlo.
- GAB. ¿Qué dices?
ISAB. ¡Qué alegría! ¿Verdad? Ya ese jardín se llenará de risas como de flores y pájaros... Ya tendremos un ángel que pida por nosotros.
- GAB. ¿Es verdad lo que dices? ¡Juana mía... nunca tan mía como ahora!
ISAB. ¡Un hijo!
(Juana advierte á Gabriel la tristeza de Isabel.)

- GAB. ¡Isabel, perdona!
- ISAB. No; á mí vosotros. No respetéis hoy mis tristezas; alegraos, alegraos con toda vuestra alma, como si su alegría llenara ya esta casa de risas y de voces.
- GAB. ¡Pobre Isabel, tan buena! ¿Por qué no habías de ser también dichosa? (*Entra un criado y da una tarjeta á Gabriel.*) Carlos... (*Pausa.*) Que pase este caballero. (*Sale el criado.*)
- ISAB. Un favor, Gabriel, te lo suplico; quiero yo ser la primera que hable con él y yo sola...
- GAB. ¿Es que desconfías de nosotros?
- ISAB. De vosotros no; de él; no quiero que entre mi angustia de saber y su promesa de callar; si esa promesa existe, no se interponga ninguna reflexión; quiero que me oiga á mí sola, que comprenda que esa promesa no puede tener valor, porque yo tengo derecho á saber todo lo que él sepa... Dejadme, os lo suplico, por el hijo vuestro.
- GAB. Isabel, no; yo te acompaño. Te prometo que no diré nada; escucharé en silencio.
- ISAB. No, dejadme, dejadme.
- GAB. Sea como quieras; permíteme al menos saludar á Carlos.

ESCENA V

DICHOS Y CARLOS

- GAB. ¡Carlos!
- CAR. ¡Gabriel! Señora... Isabel...
- GAB. ¿Recibiste una carta?...
- CAR. Sí, pero siempre pensé venir; deseaba ver á todos ustedes, necesitaba convencerme de que él no está aquí todavía, porque me parece un mal sueño...
- ISAB. ¡Un horrible sueño!... ¿Verdad?
- CAR. No pude creerlo, á pesar de su carta.
- ISAB. Su carta... ¿le decía á usted?...
- CAR. Sí, no puedo negarlo. El telegrama que recibirían ustedes preguntando si algo ocurría, les haría á ustedes comprender que yo sabía algo...
- ISAB. ¿Un telegrama? ¿Dice usted?...

- CAR. Sí, apenas recibí su carta...
ISAB. ¡Gabriel, yo no he visto ese telegrama!...
GAB. Tampoco yo, te lo aseguro...
ISAB. Es extraño...
JUA. Se recibieron tantos y tantas cartas... Si en efecto se recibió, pronto lo encontraremos, todos se guardaron para contestar cuando pasara tiempo...
ISAB. Si yo hubiera sabido antes que usted...
CAR. Por eso me apresuré á venir...
GAB. Y te dejamos con Isabel. Acaso á ella sola debes decir...
CAR. A ella como á todos...
GAB. Es su deseo. Perdona.
CAR. No, no me dejes solo con Isabel.
GAB. Es preciso. Isabel podría desconfiar de mí... y el no haber ese telegrama...
JUA. Si se recibió estará entre todos... Vamos á verlo.
GAB. Sí, sí; á mí también me extraña que nadie se fijara en él... Hasta ahora, Carlos... (*Salen Juana y Gabriel.*)

ESCENA VI

ISABEL Y CARLOS

- ISAB. Siéntese usted, Carlos, y ante todo perdóneme usted, cualquiera que sean mis palabras, mi actitud con usted; usted comprenda lo que por mí debe haber pasado; no era sólo el dolor, era esta ansiedad horrible de no saber... ¡Cuánto le agradezco que se haya apresurado á venir! ¡Cuánto le agradeceré siempre la amistad que profesaba á Hipólito! ¡Por usted solo, por usted puedo saber al fin!...
- CAR. ¡Isabel!
- ISAB. ¡Esa carta!... ¡Yo quiero leerla, necesito leerla! La trajo usted sin duda... No tema usted, Carlos, estoy tranquila, acepto la verdad, cualquiera que sea, aunque fuera una traición de todo su cariño, aunque fuera el crimen más espantoso, la mayor ofensa para mí... Esa carta, esa carta...

CAR. Perdone usted, Isabel. Esa carta no existe, debí romperla.

ISAB. ¡No, no!... ¡No me hará usted creer que una carta así, la última carta del amigo más querido escrita antes de morir, que es usted á la única persona á quien confía su secreto, puede romperse como una carta sin importancia, una de tantas cartas!... Aunque lo jure usted no lo creo, Carlos...

CAR. ¿Y si fué su voluntad, su última súplica? ¿No debía ser sagrada para mí?

ISAB. ¿Su voluntad? Pues si esa fué su voluntad, usted no puede respetarla; no se trata solo de su voluntad, se trata de mí; si nadie supiera, yo me resignaría, pero así no; yo tengo derecho á saber lo que otra persona en el mundo pueda saber, más derecho que nadie, sea quien sea. Respetaría usted su voluntad si hubiera sido que viniera usted á matarme ó á insultar su dolor con crueles injurias... Pues esa es la voluntad que usted cumple y eso es su silencio de usted; peor que darme muerte, insultarme, insultarme, sí; tanto como decirme: tú eras para él menos que yo, yo sé lo que no sabrás nunca, su vida fué más mía que tuya, en mi poder está todo el secreto de su vida, de tu honra quizás, ¿porque sé yo acaso si él dudaba de mí? Ya lo oye usted, se trata de mi honra; quiero saber, necesito saber, y si calla usted, su silencio es un insulto, es complicidad en un crimen, porque más criminal que darme muerte es condenarme así á enloquecer, á dudar de todos y á que todos duden de mí...

CAR. Nada puede ofenderme. Es tan justa la rebeldía contra el dolor no merecido... Pero es inútil atormentarnos, Isabel; usted á mí con sus súplicas, súplica es todo para mí, hasta sus recriminaciones; yo á usted con mi silencio... Yo sólo sé, sólo debo saber que hay silencios sagrados como la misma muerte, que es el gran silencio y es el gran misterio, y todos debemos respetarlos; sólo debo decir á usted, porque toda su vida y su

muerte fué para decirlo, que nunca, nunca habrá mujer más adorada de hombre alguno como lo fué usted de Hipólito. (*Isabel rompe á llorar.*) Que en todas sus cartas, en la última sobre todo, era como una oración de toda su alma, oración á una santa que estaba sobre todas las cosas de la tierra, muy lejos para que nadie pudiera mancharla... Duda usted de todo, pero no dude de aquel cariño inmenso; llore usted siempre, pero nunca con remordimiento, porque en usted no pudo haber culpa ni puede haber remordimiento, ni el de no haber perdonado... pero fué él el que no quiso perdonarse.

ISAB. ¡Perdonar, perdonar! ¿Era yo quien había de perdonar? ¡Y creía en mí y adoraba en mí! ¿Y no merecía la verdad? ¡Perdonarle si había que perdonar... todo, todo!... ¡Dios lo sabe, él lo sabrá también!... ¡Con toda mi alma! ¿Pero qué había yo de perdonar? ¡Sólo usted lo sabe!

CAR. No, Isabel; nada sé, ya lo dije, ya dije cuanto podía decir.

ISAB. Pero no cuanto sabe usted.

CAR. Y por lo que usted más quiera, por su memoria, yo le pido á usted de rodillas, si es preciso, que nada más quiera usted saber, porque nada más diré nunca. Comprenda usted que no puede haber juramento más sagrado que el que hacemos por nuestra voluntad y del que nadie puede pedirnos cuenta si faltamos á él.

ISAB. Está bien, Carlos, está bien. ¿Cree usted que debe callar? ¿Lo creerá usted siempre?

CAR. Si algún día creyera que debía hablar... No, no; es ofender á usted, porque sólo por su honra de usted podía yo hablar, y de usted no puede dudar nadie.

ISAB. Sí, Carlos, sí; se habla, se dice...

CAR. Esa gente nada me importa...

ISAB. ¿Sólo á usted?...

CAR. Nada debe importar á usted. Suceda lo que suceda, esté usted segura de que si el silencio y la muerte son la palabra de Dios, la vida es su obra y la vida habla siempre por

los que callan y por los que mueren... Entretanto, crea usted de mí cuando dude usted de todos; algo del corazón de Hipólito hay en mi corazón; cuanto era su deber en la vida, es ahora mi deber...

ISAB. Gracias, Carlos, gracias... (*Llamando.*) ¡Juana, Gabriel!

ESCENA VII

DICHOS, JUANA Y GABRIEL

GAB. ¿Hablásteis?...

CAR. Sí.

JUA. ¿Estás más tranquila?...

ISAB. Sí. Os llamé para que atendáis á Carlos; yo no puedo más; estoy rendida...

JUA. Sí, descansa...

GAB. En efecto, pareció el telegrama... No podía haberse extraviado. ¿Quieres venir á tu habitación? Don Ricardo nos acompaña también; esperaba tu carta; se alegrará de verte.

CAR. Vamos... Isabel... Señora...

ISAB. Otra vez gracias... (*Salen Carlos y Gabriel.*)

ESCENA VIII

ISABEL Y JUANA

JUA. ¿Sabe?...

ISAB. Sí, él sí; yo sé, no debo saber...

JUA. ¿Entonces esa carta...?

ISAB. Sin duda, en esa carta...

JUA. ¿Y no la viste?

ISAB. La rompió; eso asegura.

JUA. ¿Ha jurado guardar el secreto?

ISAB. Sí, lo ha jurado... Pero hablará...

JUA. ¡Isabel! ¿Qué pretendes?

ISAB. ¡Hablará, hablará! ¡Ay, no puedo más!...

JUA. Descansa, descansa. ¿Quieres que te acompañe?

ISAB. No; atiende á esos amigos... Dormiré...

JUA. Dame un beso...

ISAB. Muchos besos... Para tí, para nuestro hijo (*Sale Isabel.*)

ESCENA IX

CARLOS Y JUANA

- CAR. (*Sorprendido.*) ¡Ah!... usted.
JUA. ¿Quisiera usted evitar el verme?..
CAR. Al contrario; la buscaba á usted... ¿Isabel?..
JUA. Se retiró á descansar. ¿Gabriel?..
CAR. Habla con don Ricardo...
JUA. ¿Esa carta, Carlos... esa carta?... ¿Qué decía esa carta?... Todo, todo, ¿verdad? Usted sabe todo, lo supo usted siempre... Era su único amigo, su único confidente... Lo sé... lo sé... ¿Y ahora?..
CAR. Ahora... ¿y usted lo pregunta?
JUA. Ya sé que por mí no... Leo en usted todo el horror, todo el desprecio que debo inspirarle... Por eso no le hablo á usted de mí; callará usted por ella, por su memoria, por mi hijo...
CAR. Por su hijo...
JUA. Por su hijo, sí... también sabe usted,.. pues por su hijo... ¿Pero callará usted siempre?
CAR. ¿Me cree usted capaz de una venganza tan cobarde? Sólo eso se conseguiría al hablar.
JUA. Usted dice venganza, yo pensaba castigo, pero piense usted que ya es bastante mi castigo...
CAR. Yo no tengo derecho para juzgar á usted ni para castigarla.
JUA. Pero Isabel le obligará á usted á hablar...
CAR. Sabe que he jurado callar.
JUA. Mañana puede existir otro juramento.
CAR. ¿Qué dice usted?..
JUA. Mi corazón presente... Lo veo, sí, lo veo... Yo sé que Hipólito confió en usted toda su vida y le confió todo... sus cariños, sus odios... Por eso me odiará usted siempre como él me odió al morir.
CAR. ¡No, odio no!
JUA. Sí, sí... odio, odio... Cariño sólo para Isabel... Por eso será de usted también ese cariño.
CAR. ¿Qué piensa usted?..

JUA.

Mi corazón de mujer no se engaña... Lo presiento, lo vec... Se amarán ustedes... y entonces será otro el juramento y hablará usted, hablará usted... Y ese día... ¿Usted piensa lo que será de todos ese día?... Silencio... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, JUANA, CARLOS, GABRIEL Y DON RICARDO

(Carlos, Gabriel y don Ricardo toman café y fuman. Isabel toca el piano en una habitación contigua pero visible al espectador. Juana, á su lado, vuelve la hoja del papel de música.)

- RIC. ¡Admirable, Isabel! ¡Eres una artista!
- ISAB. Ya ve usted si hace tiempo que no ponía las manos en el piano.
- JUA. Era una lástima, pero no ha perdido nada; al contrario, yo encuentro que toca ahora mejor que antes. ¿No te parece, Gabriel?
- GAB. Sí, sí; hay más expresión, más sentimiento.
- ISAB. La tristeza no pasa en vano por las almas. Dicen que sólo puede ser artista el que ha padecido mucho. ¡Pobres artistas! ¿Ustedes creen que interpretar con acertada expresión una sonata de Beethoven, puede compensar de haber sufrido tanto?
- RIC. No hay que recordar tristezas pasadas.
- ISAB. Yo no puedo olvidarlas, sólo procuro no entristecer con ellas á los demás.
- RIC. Tenéis aquí una casa preciosa, muy bien situada; el jardín es una delicia.
- GAB. Sí, ahora ya es otra cosa. Hicimos una gran obra en ella, está mejor distribuída... Como ahora venimos con frecuencia por el chico...
- RIC. Aquí se os criará muy sano.
- ISAB. Está hermosísimo.
- GAB. Pero no es vivir, siempre pensando en él, consternados, apenas creemos que se consti-

pa ó que le duele algo. Y los chicos dan tantos sustos...

CAR. Pues mejor cuidado que éste...

GAB. Eso sí: son dos madres á desvelarse por él.

ISAB. Es la única razón de mi vida. Sin él todo hubiera concluído para mí.

RIC. No digas eso: eres muy joven, Isabel.

ISAB. ¡Callen ustedes!... Sí; llora, llora... ¡Pobrecito mío! Voy á ver... (*Sale.*)

JUA. ¡Hijo mío! Ustedes perdonen. (*Sale.*)

ESCENA II

DICHOS, menos ISABEL y JUANA

GAB. ¿Lo ven ustedes. Siempre así?...

RIC. Isabel le quiere tanto como su madre.

GAB. Puede usted decirlo.

RIC. Vale mucho Isabel. (*Carlos se levanta y va hacia el fondo.*) ¡Lástima de muchacha, en lo mejor de su vida!... Oye, no quisiera pecar de malicioso, pero me ha parecido notar desde que llegué, sobre todo durante el almuerzo...

GAB. No, no nos descubre usted nada, que Carlos está enamorado de Isabel.

RIC. No me atrevía á decirlo. ¿Con que es verdad?

GAB. Vea usted, en cuanto hablamos de ella, se hizo el distraído.

RIC. ¿Y ella?...

GAB. Nada dice, nada sabemos...

RIC. Y tú, ¿qué piensas?...

GAB. Para mí sería una satisfacción; Carlos es un cumplido caballero.

RIC. De gran entendimiento... En posición desahogada, en la mejor edad, una figura agradable... Y para Isabel sería muy conveniente. Por lo mismo que todo el mundo sabe que Carlos era el mejor amigo de Hipólito, al casarse con Isabel, era una seguridad de que Hipólito le habló siempre bien de ella. Nadie mejor que Carlos, para saber lo que su amigo pensaba.

GAB. Así es... Pero Isabel nada dice, y nosotros en cuestión tan delicada...

RIC. ¿Y él? ¿Nada dice tampoco?

- GAB. Todavía no...
- RIC. ¿Y Juana?
- GAB. A Juana no le es muy simpático. No sé por qué... Como quería tanto á Hipólito, puede decirse que ella fué quien casó á su hermana: porque Isabel, que tanto le quiso luego, cuando le conoció en nuestra casa, no podía verle ni en pintura... Crea usted que muchas veces, después de lo sucedido, he pensado que hay un instinto del corazón que nos advierte siempre.
- RIC. ¿Pero tú crees que Hipólito no fué un buen marido?
- GAB. Por lo que sabemos de su vida, sí; por ese silencio de su muerte... ¿Quién sabe?
- RIC. Alguien sabe...
- GAB. Alguien, sí; pero nunca hablará.
- RIC. Enamorado de Isabel, si ella lo exige, si ese secreto suyo es bastante para borrar el recuerdo del muerto...
- GAB. Sí, cuando un hombre se enamora...
- RIC. Y he ahí también un factor de importancia para que Isabel le corresponda...
- GAB. ¿Cuál?
- RIC. La curiosidad: primer pecado de la mujer
- GAB. De todos, don Ricardo; porque confiese usted que todos nos alegraríamos de que Isabel empleara toda la seducción femenina para hacerle por fin hablar.
- RIC. El misterio es la gran atracción del espíritu. Esa sola atracción puede hacer que Isabel se enamore de Carlos.
- GAB. Y que nosotros seamos cómplices de su enamoramiento... Sería indigno... porque Carlos no merece esa conspiración por nuestra parte, ni por parte de Isabel un sentimiento sólo de curiosidad. ¡Carlos! ¡Carlos!
- CAR. Perdona... estaba distraído...
- GAB. Ya lo veo, por eso te llamo.
- CAR. ¿Qué quieres?
- GAB. Nada, que no estés así, como preocupado ó aburrido. ¿Te aburres en mi casa?
- CAR. Tiempo tenía de haberlo notado. Yo sí que puedo temer muchas veces ser yo quien os aburre con mis visitas...

- GAB. De eso hablábamos. .
- CAR. ¿De mis visitas?
- GAB. De todo .. De ti, de Isabel... ¿No sabes que hay dos cosas que no pueden estar ocultas?
- CAR. Sí, el amor y el dinero. No hay tampoco por qué ocultarlos, cuando el dinero se ganó honradamente, y el amor honradamente ha de ganarse.
- GAB. Porque así es, opinamos que ha llegado el momento de hablar.
- CAR. ¿Con Isabel? ¿Te ha dicho algo? ¿Sabe que yo...?
- GAB. ¿Saber...? Supongo que sí: las mujeres en esas cosas, adivinan antes que nosotros. Decir, no... nada me ha dicho, ni creo que á su hermana tampoco...
- CAR. Ni yo me atreveré á hablar el primero.
- GAB. Pues es mucha pretensión esperar que ella se te declare.
- CAR. Eso no; pero antes necesitaba saber...
- GAB. ¿Que Isabel no te rechazaría? Eso sí: no estás en el caso de arriesgarte con una declaración sin una seguridad. ¿Por qué no hablas con mi mujer? Nadie mejor puede conseguir que Isabel descubra su verdadero sentimiento sobre el particular.
- CAR. ¿Con tu mujer, dices?
- GAB. ¿Qué? ¿Temes no ser persona grata?
- CAR. No lo temo, estoy seguro de ello.
- GAB. Pues nadie mejor que tú puede destruir esa prevención desfavorable que no subsistirá en cuanto Juana te conozca mejor, y que no puede tener más fundamento que el espíritu novelesco de las mujeres. Juana quería mucho á Hipólito, era su orgullo el cariño que Isabel le profesaba: ella encontraría muy poético en su hermana una fidelidad eterna, el culto del recuerdo. Somos tan propensos á disponer á nuestro antojo del corazón de los demás...
- RIC. Pero Isabel no está en edad ni en circunstancias de renunciar al amor para siempre.
- GAB. El carácter de Isabel es muy equilibrado: no es una de esas enamoradas de la tristeza que creen parecer así más interesantes. No.

Isabel sintió como debía sentir la desgracia de su marido, le recordará siempre como debe recordarle, pero querrá á otro hombre y se casará con él, como debe casarse.

CAR. Pero si la desgracia de su primer matrimonio, con la ruína de tantas ilusiones, hizo que el corazón de Isabel desconfíe ya de cualquier otro cariño que vuelva á hablarle, como aquél, de alegría, de felicidad, de lo que habla todo cariño... Ese es mi temor, por eso callo y seré capaz de callar siempre.

GAB. De ti sí que puede decirse que eres un enamorado del silencio. Callas por el amigo muerto y quieres callar por ti. Bien está que los muertos callen, pero los que viven y aman algo en la vida...

CAR. No hay herencia que no haga responsable al heredero de cuanto heredó.

GAB. ¿Y tú heredaste ese amor y ese silencio? ¿Cuál podrá más? El amor es más fuerte que la muerte. ¿No ha de serlo más que el silencio?

ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUA. Se ha dormido. Isabel no quiere dejarle.

GAB. Pues qué, ¿está intranquilo?

JUA. No. Pero el ama se empeña en tenerle en brazos y en cuanto nos descuidamos... A Isabel y á mí no nos gusta, es una mala costumbre.

GAB. Don Ricardo y yo vamos á dar un paseo hasta el pueblo. Don Ricardo no lo conoce.

JUA. No vale la pena.

GAB. Por curiosidad. Carlos se queda con vosotras. Está cansado.

CAR. (*Bajo.*) ¡Traidor!

GAB. No, amigo y muy leal. Habla con mi mujer. No temas. Hasta ahora entonces.

JUA. Hasta ahora. (*Salen Gabriel y don Ricardo.*)

ESCENA IV

CARLOS Y JUANA

- JUA. ¿La entrevista estaba preparada? Y no con muchos rodeos, hay que confesarlo.
- CAB. ¡Tiene usted un corazón muy fiel!
- JUA. Para conocer el de los demás... ¡Así hubiera conocido el mío! Esa fué toda mi desgracia.
- CAB. ¿Sólo la de usted?
- JUA. Sí, la de otros también; pero unos ya descansan, otros ya olvidan... Yo no he olvidado.
- CAB. Yo agradecería á usted que nada recordásemos.
- JUA. ¿Es usted de los que olvidan?
- CAB. No, sabe usted que no es posible. No he olvidado ni olvidaré nunca; pero no quiero que vea usted en mí una amenaza continua, que mi presencia sea un continuo sobresalto para usted, que lea usted en mí nunca una acusación...
- JUA. Eso ha de ser aunque usted no quiera. Es usted el único que sabe; pero sabe usted lo que podemos saber de toda culpa ajena... de todo crimen, si usted quiere.
- CAB. Nunca salieron de mis labios esas palabras.
- JUA. Por eso estarán más grabadas en su pensamiento. Culpa, sí, crimen, usted lo sabe; pero sólo sabe usted lo que sucedió... Para comprenderlo necesitaba usted, á más de su confesión, la mía; á más de saber lo que él pensó de mí, lo que yo sentía por él...
- CAB. Sí, lo comprendo; podría anticiparme á su confesión: le quería usted con locura.
- JUA. No, no era locura; al contrario, era un cariño que no me impedía ver claro en mi corazón ni en mi conciencia: por eso era más horrible... Mi conciencia me decía á todas horas que no debía ser, que era una infamia engañar así al hombre más bueno, más leal; al hombre que, no si lo yo confesara todo, no si usted se lo revelara, si su mismo amigo, el amigo de quien no dudó nunca, volviera de entre los muertos para confirmarlo, aún no lo creería... ¡Mi corazón! mi corazón

me avisaba á cada instante que Hipólito era más joven que yo, que para mí llegaba la vejez anticipada por el sufrimiento, que á su alrededor eran otras mujeres con juventud, con hermosura, con virtud... mujeres que podían ser su mujer, la esposa, el cariño honrado... que iba á perderle, que le perdería... Y entonces, mi corazón se engañó, creí poder convertir mi cariño en algo más grande, más noble, que no fuera un tormento para mí y un obstáculo para él, pensé que podía sin dejar de quererle... quererle de otro modo... y le uní á la que había sido para mí como una hija y estaba satisfecha, orgullosa, del triunfo logrado sobre mí... Pero me había hecho traición, y una rabia de celos desesperados me enloquecía, hubiera sido capaz de todo por destruir lo que había hecho... Y entonces fué cuando... ¡me horroriza pensarlo! fué para bendecir ó para maldecir nuestro cariño... ¡Un hijo!... Y todo desapareció para mí: era él solo, él y nuestro hijo, y sólo pensé en huir, en huir los dos juntos, los dos solos... ó hablar, hablar para confesarlo todo y afrontar la muerte, que era el castigo menos doloroso; la muerte, que no fué para mí, para que fuese mayor mi castigo...

CAR.

¡Huir!... ¡Confesar!... Todo era lo mismo... para ustedes acaso la muerte; pero algo más horrible que la muerte, más cruel que un asesinato para los que no tenían culpa; para Isabel, que entregó su corazón á un hombre con toda la fe que el cariño de usted la inspiraba... Y Gabriel, Gabriel, que como usted dice, si de entre los muertos volvieran á decirle la verdad, pensaría que esa verdad era su locura, por no creer en ella... sólo la muerte, que era la eterna separación; sólo el silencio, que es la eterna muerte, podían rescatar la culpa... Hipólito así lo comprendió, y con grandeza de alma supo rescatarla.

JUA.

Pero el silencio no es la verdad... Isabel no se resigna con el silencio... Ya nada dice; ya nada pregunta, pero es su único pensa-

miento siempre, saber, saber... Y con toda su alma va hacia usted, no porque haya olvidado, sino porque recuerda siempre...

CAR.
JUA.

¿Qué dice usted?

Sí, sí; no es que le ama á usted, es que busca la verdad, es la atracción del misterio que usted sólo puede revelar... del secreto que sólo usted sabe... y que dirá usted al fin...

CAR.

Me juzga usted mal. Quiero á Isabel con toda mi alma : desde hace mucho tiempo, desde muy lejos, era para mí como la mujer ideal, con la que se sueña siempre, sin atreverse siquiera á esperarla nunca... Pero si para conseguir su cariño sólo existiera ese medio... ¡Para llegar á su corazón, destruirlo!... No, Juana; si ese temor la obliga á usted á influir con Isabel en contra mía... no hace usted bien, Juana ; no hace usted bien, crea usted en mí : no vea usted en mí nunca un enemigo...

JUA.

Ni usted en mí, se lo aseguro. ¿ Por qué ? No es que tema nada de usted, al contrario : sé que cuanto más unidos, mayor será su interés en callar: si usted hablara, sería desatar un infierno entre nosotros, y con nosotros estaba usted . . . Ya ve usted cómo le hablo con dura franqueza : no cuento con su generosidad, cuento con su interés... Pero es por Isabel por quien temo, porque debo temer, porque yo fuí culpable, y si entonces fué mi corazón el que se engañó, ahora temo que sea el suyo, que crea amarle á usted, y después sea para un tormento continuo, ella por saber, usted por callar, una lucha de todos los instantes : en el cariño sólo vería usted la seducción ; en el enojo sólo vería usted la misma queja, el mismo reproche. . . Y eso es lo que temo, por ella, por usted... porque mi corazón aprendió á mucha costa que cuando una vez nos engañamos á nosotros mismos, no hay camino para retroceder, ya toda nuestra vida se despeña entre mentiras y traiciones...

CAR.

Es natural que hable usted así: porque usted debe dudar de todo . . . Pero yo creo en

mí: estoy seguro de mí mismo, y en cuanto á Isabel, yo sé que mi cariño le hará olvidarlo todo, que todo parecerá tan lejano como si no hubiera sido... que ella misma me había de pedir que callase la verdad siempre, si yo alguna vez sintiera el impulso de decírselo todo. Quiero tanto á Isabel, que renunciaría á su cariño, aunque sé que era renunciar á la única ilusión de cariño en mi vida. Pero tan seguro estoy de hacerla dichosa, tan seguro de que sólo mi cariño puede ser su compensación en la vida, que me parece un crimen huir y una traición callar.

JUA. Entonces... Hable usted, hable usted ahora y hable usted después, si de ello depende su felicidad.

CAR. No, Juana. ¿Qué haría yo para que usted no temiera nunca?

JUA. Todo es inútil. No le temo á usted... temo, ¡qué sé yo! Temó todo, temo á la vida...

CAR. La vida es olvidar, y todo se olvida. Lo que nadie sabe es cómo si no hubiera sido.

JUA. ¡Lo que nadie sabe! ¡Existe una carta! Yo no puedo creer que esa carta no existe. ¿Es verdad?

CAR. Existe. Pero sin mi voluntad nadie puede leerla.

JUA. ¡Sin su voluntad! ¿Está usted seguro de ser siempre dueño de su voluntad? Poco sabe usted entonces de cariño. ¿Qué cariño es ese que puede decir: mi voluntad es mía? Si piensa usted así, ¿cómo he de creer que usted me disculpa ni me perdona?

CAR. ¿Y si yo le entregara á usted esa carta?

JUA. ¡No, á mí no! No quiero que pase por mis manos, no quiero que mis ojos no puedan resistir á la tentación de leerla, me da miedo... ¡Sería oírle, oírle otra vez! ¡No, no: me da miedo! No sé si entonces no sería yo la que no podría olvidarle nunca, y si algún día no saldría de mis labios para que no pesara tanto sobre mi corazón... No; me basta con que usted la destruya... ¿Basta digo? Es algo del silencio... no es todo el silencio...

CAR. Quedo yo. ¿No es eso?

- JUA. Queda mi conciencia. Pero, ¿la romperá usted?
- CAR. Lo juro. El mismo día en que Isabel sea mi esposa.
- JUA. ¡Ah!... Es una amenaza indigna de usted... Va usted á decirme que es digna de mí...
- CAR. No, no es amenaza; es que esa fué la voluntad de Hipólito...
- JUA. Entonces era él el que temía de mí... ¿Qué debió pensar de mí á la hora de la muerte? ¿Qué odiosa debí parecerle! Su último pensamiento de odio, de odio y de desconfianza... ¡Qué horrible, Dios mío! ¡Y aún temo la verdad, esa otra verdad que sería la muerte, pero no es tan cruel como ésta!... ¡Su odio, su odio y su desprecio al morir!... ¡Y no habrá otra vida desde donde los que mueren vean á los que les quisieron y lloren también por nosotros!...
- CAR. No llore usted... si viene alguien...
- JUA. Sería capaz de decirlo yo todo.... yo, yo... ¡Sí! ¿Qué me importa de los demás? Todos tienen razón para odiarme, él no la tenía y me odiaba... ¡A mí! La única que no le ha olvidado, que no le olvidará nunca. Su odio... Esa es la verdad. Para mí no hubo un silencio que pudiera parecer perdón... para mí la verdad, para mí sola...

ESCENA V

DICHOS é ISABEL

- JUA. ¿Isabel!... ¿Y el niño? ¿No se ha despertado? ¿Duerme tranquilo?...
- ISAB. Sí, duerme... ¿Te has asustado?
- JUA. No... Es que hablábamos... hablábamos de ti... Recordábamos y he llorado, no puedo negarlo... ya lo ves... he llorado... Yo hubiera querido verte tan dichosa... Carlos me decía que aún podías serlo.
- ISAB. ¿Dichosa yo?
- JUA. Ya lo ves: parecía que esta casa no podía alegrarse nunca, y hoy basta con una sonrisa del hijo mío para alegrarnos á todos.

- ISAB. ¡Eso sí! ¡Es la única alegría!
- JUA. La única, no: contamos con un buen amigo que compartió nuestras tristezas y hoy debe compartir nuestra alegría... Más que un amigo...
- ISAB. Sí, sí...
- JUA. Ahora me aseguraba que no piensa emprender nuevos viajes, que le tendremos aquí... ¿No te alegra?
- ISAB. Sí...
- JUA. ¿Estás triste, Isabel?
- ISAB. ¿Te extraña mi tristeza?
- JUA. Hoy sí: hoy deseaba yo verte más alegre...
- ISAB. ¿Por qué hoy?
- JUA. ¿Por qué?... No, Carlos te lo dirá... Tú le dirás también. Junto á mi hijo te espero para abrazarte, para desearte felicidad con toda mi alma, sí, con toda mi alma. *(Sale Juana.)*

ESCENA VI

ISABEL Y CARLOS

- CAR. Ya ve usted, Isabel, debo hablar, debo hablar por fin...
- ISAB. No; debe usted callar; ahora soy yo quien exige el silencio y lo exijo por todos y le exijo á usted más, que no desista usted de emprender nuevos viajes, que por lo menos se aleje usted de esta casa para siempre...
- CAR. ¡Isabel! ¡No, no es posible! ¡Usted me habla así! ¡No me ha perdonado usted mi silencio?
- ISAB. Lo he perdonado, he sabido respetarlo... tal vez agradecerlo... pero agradeceré más este silencio de ahora: salga usted, salga usted de esta casa y olvide usted cuanto haya de olvidar para que también le olviden...
- CAR. ¡No, Isabel! Yo no puedo marcharme sin que usted me diga qué secreto hay en sus palabras...
- ISAB. ¿No puedo yo también tener un secreto? ¿No puede haber algo para mí tan respetable como para usted, que me obligue á callar?...
- CAR. ¿Es que no me juzga usted digno de su cariño?...

ISAB. Sí, Carlos, sí: digno de ser dichoso, digno de ser querido... pero yo soy también digna de que se respete mi silencio...

CAR. ¿Es que fui demasiado atrevido al creer que usted podía quererme? ¿Es que me han calumniado, Isabel? ¿Es que la he ofendido á usted sin pensarlo? ¡Hable usted, hable usted! La verdad sólo á mí puede referirse, yo la acepto, pero no puedo aceptar que usted me rechace así, sin una explicación, sin una causa.

ISAB. Busque usted en su corazón... él le dirá á usted si hay causa... como mi corazón me lo dijo... Para lo que sólo es verdad allí, no hay palabras que puedan explicarlo, son palabras inútiles, palabras sin fundamento, contra las que usted se revelará con razón... con *su razón*... Pero para mí existiría siempre la causa, ese sentimiento que no puedo explicar, de algo que sólo existe para mí... y ya me basta para sentirlo y para callarlo...

CAR. ¿Es odio? ¿Es antipatía? ¿Cómo hasta ahora no pude conocerlos? ¿Es fidelidad á una memoria querida? ¿Es temor á nuevas desventuras? ¡Tenga usted compasión de mí!

ISAB. No se atormente usted... No es nada de eso... y puede serlo todo... Ya lo dije, es un sentimiento inexplicable... No hay palabras para él... Las palabras... serían darle vida y tal vez no exista... no debe existir... (*Sale.*)

ESCENA VII

CARLOS, GABRIEL Y DON RICARDO

GAB. ¿Estás solo?

CAR. Ya lo ven ustedes.

RIC. Nosotros que casi veníamos de puntillas para sorprenderte en pleno idilio... Porque suponemos que no habrás perdido el tiempo.

GAB. ¿Hablaste con Juana?

CAR. Y con Isabel.

GAB. Entonces...

CAR. Mañana mismo me marchó á Londres.

- GAB. Para arreglar tus asuntos y volver en seguida...
- CAR. Para no volver.
- GAB. ¡Cómo! ¿Para no volver? No es posible. Yo creía estar seguro de que Isabel admitiría tu cariño. Tal vez juzgue que es demasiado pronto para pensar en un segundo matrimonio. Sí, tal vez sea ese su pensamiento y tú lo hayas interpretado mal... Acaso por delicadeza...
- CAR. No, Isabel me habló con sinceridad, sin asomo de coquetería femenina: no invocó para nada recuerdos ni conveniencias sociales... No es por eso, no, es por algo que no sé, que no puedo explicarme, que ella no me dijo tampoco. Será ese mi destino, vivir condenado al silencio.
- GAB. Pero si el motivo de su resolución tiene fundamento...
- CAR. Era preciso conocerlo para probar que no lo tenía.
- GAB. ¿Tú crees que Juana haya podido influir...?
- CAR. No, te soy franco: estoy seguro de que Juana no habló nunca á Isabel en contra mía.
- GAG. De todos modos. Juana debe saber, si no lo sabe, ella sólo puede saberlo... Juana... Juana...
- CAR. Es inútil... No digas nada... Yo me resigno, me resigno á todo, á creer que he sido calumniado...
- GAB. No es posible. Isabel era la primera en estimarte en esta casa, siempre habló de ti con elogio, y en sus palabras había siempre el mayor afecto de cariño hacia ti... No es posible, te digo, que sin una razón muy poderosa piense ahora de otro modo... Juana...

ESCENA VIII

DICHOS Y JUANA

- JUA. ¿Qué quieres?
- GAB. Escucha: Carlos habló contigo por indicación mía: esperaba con algún fundamento ser correspondido por Isabel, pero quiso sa-

ber lo que tú pensabas : yo creí poder animarle en sus pretensiones; después de hablar contigo, sin duda lo creyó él también, y habló con ella... ¿Isabel te habló alguna vez de Carlos de modo que tú no pudieras creer lo mismo que yo?

JUA. Siempre me habló de él con simpatía, con cariño...

GAB. Ya lo oyes... ¿Y tú?... Carlos temía no serte simpático... mejor dicho, él no, sus pretensiones...

JUA. Después de haber hablado conmigo, creo que no seguirá pensando de ese modo.

GAB. Entonces... Isabel habló sin que nadie haya influido en ella.

JUA. ¿Es que...?

GAB. Carlos quiere marcharse mañana mismo para no volver... Isabel rechaza su cariño sin darle una explicación.

JUA. ¿Rechaza su cariño?... ¿De qué modo? ¿Por ahora...?

GAB. No, para siempre; su resolución es irrevocable.

JUA. Tal vez nos habíamos engañado, creímos que Isabel olvidaba porque la vimos ya alegre alguna vez interesada por nuestras alegrías: la juzgamos ligeramente, eso es todo.

CAR. No, es algo más ; hay una causa : de otro modo no se habla como me habló Isabel. Bastaba con no aceptar mi cariño, sin exigirme... ó rogarme, es lo mismo, si el ruego es suyo, que me aleje de aquí para siempre, que no vuelva nunca.

JUA. ¿ Eso dice ? ¿ Lo ve usted ? Tal vez teme lo que yo temía : unirse para siempre á quien posee el secreto en que ella no ha podido dejar de pensar.

CAR. No, no; ella fué la primera en decirme que respeta mi silencio, que no la ofende; que nada quiere ya saber tampoco, pero que yo nada debo saber, que su silencio es tan respetable, tan sagrado como el mío.

JUA. El motivo es el que dije á usted: no puede ser otro.

GAB. Carlos teme que alguien le haya calumniado.

- JUA. No, Carlos, no: Isabel le estima á usted como á nuestro mejor amigo, no lo dude usted.
- GAB. Lo único cierto es que Carlos no merece ser tratado de esa manera, que tiene derecho á saber...
- CAR. No, nada puedo exigir... Me bastará con saber que no he perdido la estimación de ustedes, la suya...
- GAB. Juana, yo deseo que hables con Isabel, que la hagas comprender que es necesario una explicación, que importa que Carlos no dude ni por un momento de nuestra lealtad. ¿Entiendes? Ni de ti ni de mí...
- JUA. No debe dudar...
- CAR. No, yo no dudo de ustedes. Sólo dudo de mí, pero esta duda basta para atormentarme... ¿Por qué quiere Isabel que me ausente para siempre?... ¿Por qué?
- GAB. Isabel viene. Habla tú con ella. Vamos, Carlos, venga usted. (*A don Ricardo.*) No puede ser, no puedo creerlo.
- JUA. Sí, déjenme ustedes.

ESCENA IX

ISABEL Y JUANA

- JUA. Isabel, ¿tú sabías que Carlos estaba enamorado de ti?
- ISAB. No lo sabía, no lo sé...
- JUA. Por primera vez quieres mentirme.
- ISAB. Por primera vez crees que miento. Vuélvo á decirte que no lo sé, ni él lo sabe tampoco.
- JUA. ¿Eso crees? ¿Qué motivos tienes para creerlo?
- ISAB. Déjame, Juana, déjame: no me preguntes nada, no he de decir nada.
- JUA. Es que Carlos puede creer, cree seguramente, que soy quien te ha hablado en contra suya.
- ISAB. ¿Tú? ¿Por qué? ¿Por qué lo cree?
- JUA. ¿Lo sé yo acaso?... Piensa que no me es simpático: Gabriel también lo piensa. Ya ves si me importa que tú le asegures que nunca te hablé mal de Carlos.
- ISAB. ¿No lo sabes?
- JUA. Lo sé yo, ellos no lo saben. . . Ellos pensaban

que no había razón para rechazar el cariño de Carlos, y les extraña tu negativa.

ISAB. ¿A ti también?

JUA. A mí no: soy mujer y comprendo que puede no quererse á un hombre, aunque todos crean que no hay razón para no quererle: en tus circunstancias lo extraño mucho menos: yo nunca creí que olvidaras tan pronto: para mí, ahora te lo confieso, hubiera sido una desilusión verte enamorada de otro hombre.

ISAB. Entonces... ¿Estás contenta de mí?

JUA. No, no lo estoy... Yo deseo tu felicidad ante todo... Si ese cariño era tu felicidad...

ISAB. ¿Creíste que podía serlo?

JUA. ¿Quién sabe dónde está la felicidad? Una vez creí que podías serlo...

ISAB. Y eras tú quien creía haberme dado la felicidad... Tal vez creías ahora lo mismo...

JUA. No, ahora no... no era yo... yo nada te he dicho... Sabía que Carlos te quería y callé... creí qué tú también le querías y también callaba...

ISAB. Porque sabías que no debía quererle, que no debía... ¿Entiendes?

JUA. No, no te entiendo... Ni entiendo por qué le pediste que no volviera aquí nunca... Esa petición sólo puede interpretarse como una ofensa, y Carlos no lo merece... Sólo pruebas de cariño nos ha dado á todos. Carlos merece una explicación, no puedes negarla; Gabriel y yo te la pedimos también, porque nuestra situación respecto á ti es muy delicada.

ISAB. Pues por todos he de callar.

JUA. Hablarás por mí. Es lo primero que te pido con autoridad. Tú no sabes cuánto me importa que Carlos no crea que fuí yo la causa de tu resolución. Yo creí que tú le querías, yo le dije que hablara...

ISAB. ¿Por qué creíste que le quería?

JUA. Vaya, Isabel... tú crees que yo no te observaba... Siempre que venía á visitarnos... aun en los días más tristes, al verle parecías más animada, casi alegre... cuando él hablaba... le escuchabas siempre con un interés, una admiración... Cuando creías que nadie te observaba, tus miradas estaban fijadas en él...

ISAB. ¿Todo eso observaste? Me observaste como celosa. . . Pues así observé yo también, y yo también soy mujer como tú para conocer otro corazón de mujer...

JUA. ¿Qué dices?... ¡Isabel!

ISAB. Será la primera vez que salgan de mis labios palabras que puedan ofenderte... ¿Por qué quisiste saber?... Yo también he observado, yo también he visto...

JUA. ¿Qué vas á decir?... ¡No, calla, calla!... ¡Es horrible!

ISAB. Te asustas, porque acaso tú misma no lo creías de ti... Y ahora al oirlo es cuando te parece verdad... Amas á Carlos.

JUA. ¡Isabel! Por Dios santo... ¡calla!

ISAB. No, yo no dudo de tu virtud... quiero creer, creo que hubieras resistido siempre... Creíste que yo le amaba y hubieras deseado verme unida á él... lo hubieras deseado... pero ese deseo, ¿no podía ser también el deseo de no perderle del todo, de no separarte de él para siempre como ahora?...

JUA. ¿Eso piensas de mí?...

ISAB. ¡Ay, hermana mía! Ya lo creo todo, ya dudo de todo . . . Creí ciegamente en un cariño y nunca hubiera dudado de él, porque si él mintió, ¿quién me diría verdad?... Y ya lo viste... sin saber cuál fué su traición, sé que hubo una traición . . . ¿Qué otra cosa puede haber en ese silencio? . . . Una horrible traición y una horrible mentira . . . Si en él la hubo . . . ¿en quién no podrá haberla? En ti no quiero que la haya nunca... en ti no: que eres mi única fe... que eres mi adoración... Sé que hay en ti virtud bastante para resistir... que sólo fué un pensamiento, un mal pensamiento... que yo estoy para defenderte... Por eso dije á Carlos que nunca volviera á esta casa, que olvidara todo lo que debe olvidar... A mí, si era á mí á quien amaba... á ti... si conoció que le amaste...

JUA. ¡Estás loca! ¿De dónde vino ese pensamiento infernal? ¿Qué viste en mí para creerlo?

ISAB. ¿Qué viste tú en mí?... Alegría en su presencia... interés al escucharle... si hablaba con-

migo... inquietud, preocupación... ¡qué mal disimulabas! Y cuando creías que nadie lo advertía, miradas... que le envolvían con cariño, esas miradas á que parece asomarse el alma entera...

JUA. ¡Dios mío!

ISAB. Y hoy hablábais aquí á solas... Desde lejos llegaba á mí vuestro acento, vuestras palabras no... Me acerqué á escondidas para escucharos... y sólo oí palabras de súplica... la virtud que resiste, que implora... Después te hallé llorando... No era el llanto sereno, casi dulce de los recuerdos, como tú dijiste... era el llanto de una pasión que lucha, que se revela... Habías decidido sacrificarme tu cariño... pero no contaste con que yo no podía aceptarlo, y que así le quisiera con toda mi alma, así creyera que su cariño era la eterna felicidad, no seré yo quien destroce tu corazón en una lucha desesperada en que tú misma no estarías nunca segura de vencer.

JUA. ¡Cómo convencerte!... ¡Qué palabras, qué pruebas capaces de hacerte comprender que te engañas! ¡que nada de eso existe! ¡Que no puede existir! ¡Isabel! ¡Hermana mía! ¡No, no es verdad!... Pero tus palabras me destrozan el corazón de tal modo, que si algún mal hubiera hecho, por horrible que fuera, no podía haber mayor castigo... ¿Que yo amo á Carlos? ¿Que en mí viste mucho que podía parecer amor?... ¡Mis miradas, mi interés por sus palabras, lo que hablábamos aquí!... ¡Ah, tú no sabes... tú no puedes saber! Y así destrozarás otra vez tu vida, la suya..... porque tú le amas, le amas, y serías feliz con su cariño... No, Isabel, no dejes que Carlos salga de esta casa, no hagas que sospeche siquiera lo que pensaste... ¿Y Gabriel?... ¡Mi Gabriel!

ISAB. Nadie sabrá nada... Yo también sé callar... Que no vuelva aquí nunca... Verdad ó mentira lo que pensé... que no vuelva aquí nunca...

JUA. Sí, dices bien, ya lo pensaste, ya es verdad para ti... Sólo dejaría de serlo por otra ver-

dad... Te engañas y tienes razón... Lo acepto todo; que salga de aquí... que nunca vuelva... ¡Déjame, déjame!... ¡Hermana mía!

ISAB. Le olvidaré... ¡Le olvidaremos!...

JUA. No, tú no... si tú le amas, mi corazón se revela contra tus sospechas...

ISAB. La desgracia me enseñó á sospechar... En otro tiempo nada hubiera advertido y hubiera entregado mi corazón sin sospechar siquiera que destrozaba el tuyo... La ignorancia del mal no nos advierte ni del mal que nos hacen ni del mal que nos hacemos... Pero ya no... Ya he sufrido... ya sé...

JUA. ¡Ya sabes! (*Sale Isabel.*)

ESCENA X

JUANA Y CARLOS

JUA. ¡Carlos!

CAR. ¿Qué dijo Isabel?

JUA. ¡Yo no debo callar! Se aman ustedes. Sí, Isabel le ama á usted. Pueden ustedes ser felices... yo no puedo impedir su felicidad... Isabel no acepta su cariño de usted... Isabel quiere que salga usted de esta casa, porque Isabel cree que yo le amo á usted... Lo cree, lo cree... Ahora lo cree, ahora duda de mí... Es horrible, ¿verdad?

CAR. ¿Cómo pudo creerlo?... ¿Quién pudo decirlo?

JUA. ¿Decirlo? Nadie, porque nadie pudo haberlo imaginado. ¿Cómo lo pensó Isabel? ¿Quién sabe! No hay razón, no hay motivo... Eso nos parece... Pero hay un secreto que nos une como á cómplices, que nos envuelve en su obscuridad; acaso, sin darnos cuenta, puso atención en nuestras miradas, misterio en nuestras palabras... Isabel nos observó suspicaz y pudo interpretarlo de ese modo... ó fué en ella la sospecha, como un aviso lejano, la voz de los muertos que habla en nuestro corazón, la verdad que llega por oscuros caminos... ¿Y cómo decir que es mentira, si esta mentira de ahora fué la verdad?... Ni la

muerte, ni el silencio, pudieron ocultarla...
¡Todo vuelve en la vida, todo vuelve!...

CAR. Pero Isabel no puede creer, no es posible que crea...

JUA. Para que no lo crea, sólo hay un medio... La otra verdad, la que usted posee... ¡Es mi vida, es mi honra... la de mi Gabriel, la de mi hijo... ¡Qué hará usted?...

CAR. Saldré de esta casa para siempre... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ISABEL Y GABRIEL

- GAB. ¿Sabes que Carlos viene esta tarde á despedirse?
- ISAB. Sí, me lo dijo Juana.
- GAB. ¿Lo sientes?
- ISAB. Que venga, tal vez; que se despida, no.
- GAB. ¡Qué extrañas sois las mujeres! ¿Quién hubiera podido creer que no estabas enamorada de Carlos? ¡Bien has fingido!
- ISAB. ¿Fingir yo?
- GAB. ¿Qué otra cosa? Confiésalo, tu único deseo era saber, saber... lo que no has podido olvidar todavía.
- ISAB. ¡No me juzgues así! Me asusta, me da miedo! ¿No tengo razón para tener miedo á todo y á volver á querer más que á todo? ¿Puede haber para mí felicidad con más apariencia de verdadera de aquella felicidad? ¡Si no era así! ¿Cómo es el verdadero cariño? ¿Cómo habla la verdad si no habla de aquel modo?
- GAB. Es que yo no puedo creer que no fuera verdad... Me parece tan imposible como si yo creyera... ¡No, qué locura!... Como si Juana creyera de mí... ¡Pero tú sí lo crees!...
- ISAB. ¡Yo tampoco dudaba; yo tampoco lo hubiera creído!... Aunque toda su vida hubiera sido el engaño y alguien me hubiera dicho que era cierto, una sola palabra suya me hubiera convencido siempre de su cariño. Las pala-

bras saben engañar tan bien como la vida, pero el silencio de la muerte es la verdad.

GAB. Una verdad que no sabes. ¿Qué verdad es esa? Dudar de todo.

ISAB. Sí... no es la evidencia, no es la certidumbre. La razón no comprende, pero el corazón sabe... Sabe que fué herido á traición...

GAB. ¡Una traición en qué no fué uno solo el culpable! Y ese culpable existe, tal vez sin remordimiento, tal vez cerca de ti... ¿No has pensado en alguien?

ISAB. ¡No quiero pensar!... ¡Me asusta! ¿No oíste decir que á veces en los ojos de los que mueren asesinados queda grabada con la última mirada de espanto la imagen del asesino, y por ella pudo alguna vez descubrirse el crimen oculto...? Yo temo mirar demasiado hondo en mi corazón, por si allí estuviera la verdad, como en los ojos de los muertos asesinados, acusadores de la última mirada de espanto... ¡Los ojos que en vida y en muerte saben decir lo que los labios callan!

GAB. ¡Algo te dijo Carlos! ¡Algo sabes por fin! Nunca me hablaste de ese modo... Antes pensabas sólo en su traición, ahora piensas también en otra...

ISAB. Pensé siempre. ¿Cómo separarlas?

GAB. ¡No, no...! ¡Como ahora no, es que ahora sabes algo!...

ISAB. ¿Por qué me miras así?

GAB. ¡No, no quiero mirarte! Dices bien, no quiero leer en tus ojos esa acusación que tiembla en tus labios como tiembla en mi corazón.

ISAB. ¡No, Gabriel! ¿Qué has pensado? ¡Tú sí que no me hablaste así nunca!

GAB. ¿Creíste que yo no pensaba en nada, porque nunca aventuré ninguna suposición? ¡Tal vez me creías indiferente á tus tristezas! Gabriel es un egoísta, habrás pensado...

ISAB. ¡No, no!

GAB. Sus palabras de consuelo son vulgares; si le hablo de una traición, sólo sabe tranquilizarme... No hay que pensar en eso, no es posible... ¡Es que yo no quería dar un paso por mí sólo, temía la verdad, por miedo, sí,

por miedo! Quería la verdad, la deseaba con toda mi alma, pero no traída por mis sospechas, no descubierta por mis insidias ni por mis amenazas; que Carlos hablara, que tú supieras al fin... ¡Y que la verdad fuera otra! ¡Pero pensar!... ¡Cómo no pensar? Si tú lo sabes, la vida de Hipólito fué siempre unida á nuestra vida; fuera de nuestra casa no dió un paso de que yo no supiera... Y después de llegar aquí Carlos, cómo no advertir entre ellos...

ISAB.

¡Dios mío!

GAB.

Algo extraño, misterioso como una complicidad... Si Carlos te amaba... ¡Qué secreto podía unirlos de ese modo?...

ISAB.

¡No, no! ¡Tú eres el que se engaña! ¡Ahora es cuando me asusta la verdad si fuera esa!

GAB.

¡Sería horrible! Y si no es esa... ¡por qué calla Carlos? Otra verdad cualquiera, ¡qué importaba?... Perdona; pienso en mí solo... Pero en ti también... Si estás segura de una traición... ¡qué te importa ya cualquier otro nombre?... Cualquier mujer... ¡qué significa para ti?... Pero esta duda... esta duda...

ISAB.

Sí, tienes razón, es más horrible que la más horrible verdad...

GAB.

¡Tú no lo sabes!... ¡Te acuerdas cuando ayer me sorprendistes allá dentro, frente á un espejo, y te reíste de mí llamándome presumido?... ¡Yo me reí también!... Era que acababa de contemplar á mi hijo y después un retrato... y después me contemplaba yo... ¡Ya ves qué locura! ¡Como si la Naturaleza nos revelara sus secretos con rasgos inequívocos, ciertos!...

ISAB.

¡Ahora eres tú el que me da compasión! ¡Pobre Gabriel!... ¡Ahora eres tú el que me hace dudar de todo!... ¡Y no quisiera oírte y no puedo dejar de escucharte! Dices bien... Yo te había juzgado indiferente á mi tristeza. ¡Y tú sufrías más que yo!...

GAB.

¡Desde el primer momento! ¡Cuanto más impenetrable parecía el misterio para todos, más se aclaraba para mí! Escuchaba todas, todas vuestras suposiciones, buscaba yo otras mu-

chas, procuraba edificar sobre cualquiera de ellas una apariencia siquiera de verdad... ¡Pero todas se derrumbaban, y sólo la que no quería afrontar, persistía sobre todas!... ¡Primero como algo monstruoso, algo que me hacía dudar con espanto de mi propia razón, de mi propia conciencia, sólo con pensarlo!... Después ya no me parecía tan monstruoso, ya era humano, posible...

- ISAB. ¡Humano, posible! ¡Ella! ¡Mi hermana! ¡Y aún sería más horrible la traición contigo! ¡Gabriel! ¡Mi hermano también!... ¿Por qué no has callado siempre? ¿Cómo vivir así?
- GAB. Es preciso que Carlos hable... Que no salga de aquí sin haber hablado... Si tu cariño no basta... yo á la fuerza...
- ISAB. ¡No, tú, no! ¡El hablará! ¡Es preciso, es preciso!... Juana...
- GAB. No quiero verla... He luchado mucho tiempo para no arrancar la verdad con su vida, si era preciso... Para leerla de una vez en sus ojos... Los muertos no engañan...
- ISAB. ¡Calla, calla, Gabriel! No hables de muertos... Me da miedo... Huye... sí. Evita las palabras crueles... si no puedes evitar la crueldad de ese mal pensamiento... (*Sale Gabriel.*)

ESCENA II

ISABEL Y JUANA

- JUA. ¿Gabriel?... Antes lo advertí, hasta ahora no quise creerlo... ¡Huye de mí! ¿Es que duda también? ¡Tú le hiciste dudar!
- ISAB. ¡Yo no! ¡Es que á todos envuelve la sombra de un misterio! Es que cualquier verdad es preferible á dudar de todo...
- JUA. ¿Pero es que Gabriel duda de mí? ¿Es que piensa de mí lo mismo que tú?
- ISAB. ¡Lo mismo no! ¡Algo más horrible!
- JUA. ¿Qué dices?
- ISAB. ¡No, yo no lo pensé! ¡No lo creo, no creeré nunca! ¡Lo he pensado todo, pero eso no, eso no!...
- JUA. ¡Isabel! Vas -á saber muy pronto toda la

verdad... Pero, verdad por verdad... ¿Amas á Carlos?... Sólo te separaba de él una sospecha que verás destruída muy pronto, te lo aseguro... porque de él no debes sospechar nunca... El puede hacerte muy dichosa, es bueno y es noble su corazón... El también sacrificaba su cariño á un silencio cruel... Pero no debe ser, no será... Tú debes ser dichosa, y soy yo quien debe restituirte cariño y felicidad... ¡No quiero que dudes!... Carlos vendrá muy pronto á despedirse... Pero no se irá... Estoy segura de su cariño hacia ti, tú lo estarás también... Aprendió á quererte en el corazón de quien te quiso mucho... más que á nadie... á pesar de todo...

ISAB.

¿A pesar de todo?

JUA.

Sí... de quien murió de vergüenza, de horror, de desesperación, por haber ofendido tu cariño; porque nunca supieras la verdad de una traición que no hubieras perdonado nunca...

ISAB.

¿He perdonado!

JUA.

¿Porque ha muerto! ¡El sabía que sólo así podrías perdonarle! Ahora dime... Cuando sepas toda la verdad, cuando todo lo horrible de tu vida sea nada más que un pasado triste, pero un pasado que ya no puede volver, porque todo lo que fué habrá muerto. ¿aceptarás toda la vida que un amor verdadero te ofrece?... ¿No dudarás de su cariño... creerás siempre en él y serás dichosa?... No digas perdono; dí: amo, espero, creo, aún quiero vivir... Y cuando vivas dichosa, entonces.. sólo entonces, creerán que perdonaste á los que hicieron el mal . . . ¡Vuelve á ser dichosa, hermana mía! ¡Darás paz á los muertos que no quisieron perdonarse... pero necesitan ser perdonados!...

ISAB.

Yo sé que he perdonado, pero oyéndote me parece que aún he de perdonar! Y me da miedo esa verdad que llega, y como él murió por callarla, quisiera yo ahora morir por no saberla nunca...

JUA.

¡No, yo no la diré! ¡Sólo desde otra vida puede decirse, donde sólo Dios puede juzgarnos y los demás perdonar, sólo perdonar!...

- ISAB. ¡Perdonar, perdonar! ¿A quién? ¿A quién?
¡Habla por fin! ¡Ya no dirás nada que yo no
tema, que yo no adivine!... ¡Habla ó llamaré
á Gabriel y él sabrá obligarte á que hables!...
- JUA. ¡No, Gabriel... no!...
- ISAB. ¡Lo que él pensaba!... ¡Gabriel!... ¡Gabriel!...
- JUA. ¡Ya lo sabes!... ¡Por mí, por mí!...
- ISAB. ¡No! ¡Esa verdad, no!... ¡No es la verdad!
- JUA. ¡Dios mío! ¡La muerte, la muerte!
- ISAB. ¡No! ¡Esto no!... ¡Esto no, Dios mío!... ¡Esto
no!...

ESCENA III

ISABEL, JUANA Y CARLOS

- CAR. ¡Isabel! ¡Juana! ¿Qué sucede?
- ISAB. ¡Carlos!
- JUA. ¡Que Isabel ya no duda, que Isabel acepta
su cariño!...
- ISAB. ¡No, ya no dudo! ¡Ya sé la verdad!
- CAR. ¿Qué hizo usted?
- JUA. ¡Creyó usted de mí que yo podía callar si us-
ted callaba!
- CAR. ¡No era nuestro el secreto! ¡Era sagrado por-
que era de la muerte!
- JUA. ¡Su cariño es la vida y es más sagrado!
- CAR. ¡Su cariño! ¿No debe odiarme ahora?
- JUA. ¡No, no! Entonces yo no hubiera hablado...
¡Isabel! Yo te pedí verdad por verdad...
- ISAB. ¡Sí, Carlos! Ya lo sabe usted, ya no dudo...
- JUA. Ahora... Carlos... esa carta, me pertenece...
¡Lo prometió usted!... Cuando Isabel sea mi
esposa, dijo usted... Pero ese día estaremos
muy lejos unos de otros...
- CAR. Esa carta no existe, Isabel dudaba de mí... Era
una tentación demasiado terrible... ¡Yo no
quise dudar de mí! Usted misma, si yo hu-
biera puesto esa carta en sus manos al des-
pedirme de aquí para siempre, ¿no creería
usted que era como obligarla á disponer de
nuestra vida? ¿No hubiera sido una cruel-
dad?
- JUA. ¿Y qué hubiera sido mi silencio?
- CAR. ¡Hubiera sido no ver ese dolor que aterra,

ese dolor de muerte que no acusa, que no llora, que no habla!; ¡ese dolor que es también silencio, como debió serlo mi cariño para ser grande y verdadero!... ¡Por qué vine aquí nunca? Si no podía traer otra verdad que mi cariño, á traer dudas y sombras de un pasado que sin mí estaría muy lejos...

JUA. ¡Le trajo á usted el amor, le trajo la vida que les pertenece! ¡Toda una vida de amor para olvidar! ¡Ese es mi perdón!

ISAB. ¡Tu perdón! ¡Crees que es tan fácil restituir como destrozar? ¡Crees que yo puedo ser nunca dichosa? ¡Y aunque yo lo fuera!... ¡Es que no pensaste en Gabriel? ¡No pensaste en tu...? ¡No, no... ahora lo sé... mi hijo, mi hijo!... Porque es mío, mío... porque me lo has robado, me lo has robado también... Pero será mío, sólo mío, cuando Gabriel sepa y te arroje de aquí como á una mujer infame, que no puede ser madre, que no merece serlo.

CAR. ¡No, Isabel... no!

JUA. ¡Por Dios santo! ¡Por nuestra madre!...

ISAB. ¡No invoques á Dios ni recuerdes á nuestra madre! ¡Esas palabras se manchan en tus labios! ¡Tú sabes lo que hiciste!

JUA. ¡Basta, basta! No puedes perdonarme... lo sabía y hablé á pesar de todo...

ISAB. ¡Y por qué fué, por qué fué tanta maldad conmigo... ¡Si yo le hubiera amado á pesar tuyo! ¡Aún podías tener disculpa! ¡Pero tú lo sabes! Yo no le amaba, yo era una niña ignorante del mal como de la vida; para mí no había más que tu cariño, mi corazón era sólo tuyo... Tú me dijiste: «ama» y creí en ti y le amé con toda mi alma... porque tú lo quisiste... No fuí yo, fuiste tú quien le entregó mi corazón... Y después... ya lo viste; todo pude pensarlo, y cuando la verdad estaba más cerca, saltando á mis ojos, hiriendo ya el corazón... pude llegar á dudar de ti, pero nunca con la verdad, con esta verdad que yo no pensé nunca, que no pude pensarla. Y ahora... ¡Me condenas con la verdad como antes me condenaste con la mentira! ¡Hablar?... Será tu muerte, que

para ti no es castigo y para todos sería vergüenza... Será su odio y su maldición para ese hijo sin padre... ¡Y callar! ¿Qué silencio será posible entre nosotros que no sea una acusación? ¿Serías capaz de afrontar una mirada mía en su presencia? ¿Serías capaz de afrontar las tuyas? ¡Yo sé que no podré volver á miraros nunca! ¡A ti por no confundirte de vergüenza! ¡á él porque no vea en mis ojos cómo huyen de mirarte horrorizados!... Ya lo ves... ¡Esta es la felicidad, esta es la vida que has creído restituirme! ¿Y crees que puede haber perdón para ti en la tierra? ¡Ni nuestra madre desde el cielo podrá perdonarte!

JUA. ¡Yo no te condeno al silencio! ¡Habla, que sepa Gabriel!... Pero espera, espera... Por última vez quiero ver á mi hijo... ¡mío, mío!... y después saldré para siempre... Antes de que él pueda acusarme como tú... antes de que pueda mancharse con mi castigo... ¡La verdad también para él más implacable que para ti!... ¡Para ti es la muerte de lo pasado, pero es también otro amor, otra vida!... ¡Para él es la muerte de todo!... ¡Tú no me perdonarás nunca, pero olvidarás, estoy segura de que olvidarás! ¡Y el olvido tiene algo de perdón!... ¡El, ni perdón ni olvido! ¡Sólo pensé en ti al decir la verdad, y pensaba que tú podías perdonarme! ¡Ahora pienso en él y veo que no puede haber perdón para mí!...

CAR.

JUA.

¡Juana!

No venga usted hacia mí... ¡Hacia la vida! ¡Gracias, Carlos! Yo sé que aún puede ser feliz, y muy feliz... Ese es el perdón... el de Dios... ¡Adiós, Carlos! ¡Isabel! ¡Hermana, hermana mía!...

ISAB.

¡Madre te llamaba yo! ¡Y no lo recordaste!
(Sale Juana.)

ESCENA IV

ISABEL Y CARLOS

- CAR. ¡ Isabel ! La verdad sabida no es toda la verdad. Por odiosa que sea, sólo por ser verdad es preciso abrazarse á ella en nuestro corazón para comprenderla! ¡Sólo entonces será la verdad! No piense usted sólo en su dolor no merecido; piense usted en el tormento de la culpa, en la pasión que enloquece y arrasa el corazón y no llega á arrasar la conciencia... Piense usted cuál habrá sido el remordimiento que llevó al uno á buscar la muerte por guardar el silencio: á ella... á romper el silencio... para buscar la muerte... La verdad es siempre el mal si queremos que sea sólo nuestra verdad... Y la verdad no es sólo que fueron culpables y traidores... verdad es también que se amaron, y es su amor, no su culpa, la que hemos de comprender para juzgarlos. ¿Quién sabe si como ellos seríamos culpables, si como ellos hubiéramos amado? Fué el amor antes que la culpa.. ¡Tal vez se asesina porque se ama!... ¡Nadie amó por haber asesinado!...
- ISAB. ¡Gabriel!
- CAR. ¿Será usted implacable? ¿Será siempre la verdad dolor y muerte?

ESCENA V

DICHOS Y GABRIEL

- GAB. ¡ Carlos ! Perdona si sabiendo que vendrías no te esperé... No me sentía bien; salí al aire libre. ¿Y Juana?
- CAR. Con nosotros estaba... Fué con su hijo...
- GAB. ¿Le ocurre algo? ¿Está enfermo?
- CAR. ¡No, no!
- GAB. Isabel. ¿Qué tienes? Estás pálida como una muerta, tus manos heladas... ¡Carlos se despide!...
- ISAB. ¡No, ya no se irá! Es decir, iremos juntos... muy lejos... Esa es mi tristeza...
- GAB. ¿Es verdad, Carlos? Yo no soy egoísta, sien-

to que te separes de nosotros, pero estoy contento, muy contento... Todos hemos vivido recelosos como entre sombras... ¡Tal vez todos hemos sido injustos con alguien! ¿No es verdad, Isabel? Tú debes saberlo. Yo sé que sólo por la verdad pudiste aceptar el amor, la nueva vida... ¿Sabes ya?

ISAB.

¿Saber?... ¡Sí!...

GAB.

¡La verdad por fin!

ISAB.

¡Tantas verdades!

GAB.

¡Carlos habló!...

ISAB.

Fué Juana...

GAB.

¡Juana!

CAR.º

También yo...

ISAB.

Carlos también . . . era de los dos el secreto que los unía, que nos hizo dudar. . . ¡Hemos sido injustos! ¡Todos tenemos que perdonar! ¡Juana sabe que dudaste de ella!...

GAB.

Fué que todos enloquecimos al revelarnos contra un silencio que no podíamos comprender.

ISAB.

No, no podíamos comprenderlo... Ahora sí, escucha, es la verdad... Hipólito concibió por Juana una pasión de locura, de muerte, que ella rechazó horrorizada... Y él entonces... de vergüenza, de remordimiento, porque nunca supiéramos, por obligar á Juana al silencio...

GAB.

¡Miserable, miserable! ¡Bien hizo en morir! ¡Miserable! ¡Miserable!

ISAB.

No hables así!... Yo he perdonado...

GAB.

Su infamia no merece tu perdón; ni mereció el silencio de Juana... tu silencio...

CAR.

Mi silencio no era mío. Ahora más que nunca debes comprenderlo.

ISAB.

Callaron por él... por mí... por ti también... Si nosotros no hubiéramos dudado, hubieran callado siempre... Me obligaste á saber, he querido salvarte... á ti, á tu hijo, porque dudaste de tu hijo... ¡Hijo mío! ¡Si hubieras dudado siempre!

GAB.

¡No hubiera podido vivir ó hubiera llegado á matar!... ¡Mi Juana! ¡El hijo mío! ¡Y sabe que yo he dudado de ella?...

ISAB.

¡Sí, no pude ocultarlo... lo sabe... No extra-

ñes hallarla conmovida... Vuelve á su lado, lleva la calma á su agitado espíritu con tus palabras...

GAB. Sí, necesito que me perdone... Necesito ver á mi hijo, olvidarlo todo... ¡Todo! ¡Yo también perdono!... ¡Que no quede una sombra de lo pasado entre nosotros; que sea como si empezáramos otra vida! (*Sale Gabriel.*)

ESCENA VI

ISABEL Y CARLOS

ISAB. ¡Y ya mentir, mentir siempre! ¡El mentir de la vida que hace envidiable la muerte sólo por ser silencio!...

CAR. No; esa mentira es la verdad de su corazón... ¡Hermosa y sublime verdad que redime y salva como verdad divina! En otra mujer me pareciera sobrehumano, en usted no; porque en mi adoración la comprendí así siempre...

ISAB. ¡Y si no fué grandeza de alma! Si fué miedo, ¡pobre miedo de mujer ante la ejecución de una sentencia terrible que el destino puso en nuestras manos!... ¡No me vió usted temblar como si yo fuera también culpable?...

CAR. Pues bendito ese pobre miedo de mujer, que tiembla ante el dolor ajeno olvidando su propio dolor para interponer la piedad entre la culpa y el castigo...

ISAB. ¡Calle usted!... ¡No oyó usted?...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, GABRIEL Y JUANA

GAB. (*Dentro.*) ¡Isabel! ¡Carlos!

CAR. ¡Sí, ahora sí!...

ISAB. ¡Dios mío! ¡Si ella habló! (*Viendo entrar á Gabriel trayendo á Juana en sus brazos, moribunda.*) ¡Ah!

GAB. ¡Muerta! ¡Es la muerte, la muerte!...

ISAB. ¡Juana, Juana!

CAR. ¡Gabriel!

GAB. La hallé junto á su hijo... lívida... moribunda...

- ISAB. ¡Juana, Juana! ¿Qué hiciste? ¿Pudiste dudar de mí!
- CAR. ¿Cómo fué? Aún podrá salvarse...
- JUA. ¡Silencio! Silencio... He sido yo... Lo que fué alivio de dolores... fué la muerte... alivio de todo dolor...
- GAB. ¡Es la muerte... es la verdad! ¡Mentiste!
- ISAB. ¡Juana! ¡Hermana mía! ¡Yo no hablé!... ¡No hubiera hablado nunca!...
- JUA. ¡Perdón para mi hijo! ¡Tu hijo... Isabel... tu hijo!... (*Muere.*)
- GAB. ¡Mentiste, mentiste!... ¡Ahora es la verdad! ¡Mírala en sus ojos! ¡Toda la verdad!... ¡El silencio de la muerte no engaña!

FIN DEL DRAMA





Precio: DOS pesetas.